



EL PAN DE VIDA

Ego sum panis vitae.
Yo soy el pan de vida.
(JUAN, VI, 35.)

I

El mismo Jesús es quien se ha dado á sí mismo el nombre de pan de vida. ¡Hermoso nombre! Sólo Jesús podía darse á sí mismo este nombre. Los ángeles, si hubieran tenido que nombrar á Nuestro Señor, le habrían dado algún nombre tomado de sus atributos; le habrían llamado Señor, Verbo, etc.; pero jamás se hubieran atrevido á darle el nombre de pan. ¡Ah! Pan de vida es el verdadero nombre de Jesús: con este nombre está todo Jesús durante su vida, en su muerte, después de su resurrección. En la cruz será molido y cernido como la harina; y después de la resurrección tendrá, en orden á nuestra alma, las mismas propiedades del pan material en orden á nuestro cuerpo: será verdaderamente pan de vida nuestro.

El pan material alimenta y sostiene la vida. Si no hemos de desfallecer, es preciso que nos susten-

temos con manjares, entre todos los cuales el principal es el pan. El pan es más esencial en orden á nuestro sustento, que todos los demás manjares, pues basta para sostener la vida. El alma, físicamente hablando, ha recibido de Dios una vida que no puede acabarse, porque es inmortal. Mas la vida de la gracia que hemos en el bautismo y que se recupera y repara en el sacramento de la Penitencia; la vida de la santidad, mil veces más noble que la vida natural, no puede durar si el alma no recibe sustento; y su sustento principal es Jesús en la Eucaristía. La vida recobrada en la penitencia se completa en cierto modo en la Eucaristía, la cual nos purifica del afecto al pecado, borra nuestras faltas habituales, nos da fuerzas con que mantenernos fieles en nuestros buenos propósitos, y nos aparta

de las ocasiones de volver á pecar.

El mismo Señor lo ha dicho: «El que come mi carne, tiene la vida.» Mas ¿qué vida es ésta de que habla Jesús? La misma vida suya: «Como el Padre, que está vivo, me ha enviado, y yo vivo en mi Padre, así el que come mi carne vivirá en mí.» El manjar comunica en efecto al que se sustenta de él, su propia substancia: así, como Jesús no se convierte en nosotros, nos convierte á nosotros en Él mismo.

Nuestro cuerpo recibe en la Sagrada Comunión una prenda de su futura resurrección, y ya en esta vida será más moderado y estará más sometido al alma. Cuando repose en el sepulcro conservará el germen eucarístico, fuente de mayor gloria en el día de la recompensa.

II

Mas no es sólo el conservar la vida el motivo que nos induce á comer; comemos además para adquirir fuerzas y poder trabajar. No basta comer sólo para conservar la vida. El hombre ha de trabajar, y en su trabajo gasta fuerzas, que ha de sacar, no de su propia substancia, que bien pronto se agotaría, sino de lo que le sobra después de conservar la vida. Es ley universal que nadie puede dar lo que no tiene. El hombre que trabaja en duras faenas y no come lo necesario, pronto desfallece.

Cuanto más deseemos acercarnos á Dios y practi-

dad, mayores son los combates que hemos de sostener, y mayores las fuerzas que hemos de emplear para no ser vencidos. Mas sólo la Eucaristía puede darnos fuerzas suficientes con que vencer en estos combates de la vida cristiana. Sin la Eucaristía pronto languidecen la oración y la piedad. La vida verdaderamente piadosa no es sino una crucifixión continua de la naturaleza, y de suyo no tiene atractivo ninguno: no es, pues, posible al hombre ir delante de la cruz sin ser vigorosa y suavemente sostenido. Por regla general, la piedad sin la Comunión es una piedad muerta.

Mirad lo que á vosotros mismos os sucede. ¿Cómo habéis cumplido vuestros deberes cuando habéis dejado de comulgar? No basta ni el Bautismo que da la vida, ni la Confirmación que la aumenta, ni la Penitencia que la restaura; todos estos Sacramentos son la preparación á la Eucaristía, que los completa y los corona.

«Seguidme,» ha dicho Jesús á los hombres. Pero el seguirle es difícil, supone esfuerzo, exige el ejercicio de las virtudes cristianas; y sólo el que muera en Jesús produce abundantes frutos... Mas ¿cómo hemos de vivir en Jesús, sino comiendo su propio cuerpo y bebiendo su propia sangre? *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in eo.*

Cuando Jesús está en nosotros, Él y yo somos dos en uno, y el peso compartido es ligero. Por eso decía San Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me da fortaleza;» y Aquel que de esta suerte le daba fortaleza es el que vivía en él como vive en nosotros: es el mismo Jesucristo.

III

El pan, por otra parte, es deleitable. Prueba de ello que no se cansa uno jamás de comer pan. ¿Quién se cansa del pan, aunque todos los demás manjares le parezcan insípidos? ¿Pues dónde se halla la dulzura substancial sino en esa dulcísima miel á la cual damos el nombre de Eucaristía? Así la piedad que no se alimenta frecuentemente de la Eucaristía no es piedad suave, porque no se echa de ver en ella el amor de Jesucristo. Es dura, austera, no se hace querer ni atrae á los demás, pues no está sembrada en el amor de Jesús. Las personas que practican esta piedad buscan á Dios sólo por el camino del sacrificio, el cual es buen camino; pero es de temer que el arco siempre tirante llegue al fin á saltar, y que estas almas den, por último, en el desaliento. Los que van por este camino sin duda adquieren merecimientos,

pero carecen del corazón y de la ternura de la santidad, que sólo se encuentra en Jesús.

¿Intentas prescindir de la sagrada Comunión? ¡Ay, hermano, que vas contra la tradición cristiana! Según eso, no digas el Padrenuestro, porque en esta oración se pide el pan cotidiano, sin el cual quieres pasar.

Sin la Comunión está siempre el cristiano en lo más duro del combate; sólo conoce las virtudes por el trabajo que cuesta el adquirirlas, y no tiene idea de lo que hay en ellas de más amable, á saber: el trabajar, no por el propio provecho, sino por sólo el honor de Dios, por amor á Él, por su amistad como hijos suyos, y no solamente por la esperanza de la recompensa. El alma que comulga, fácilmente conoce que pues mucho es lo que recibe, mucho es lo que tiene obligación de agradecer; esta es la piedad discreta, filial y amorosa. Así la sagrada Comunión hace feliz al alma aun en medio de las más duras contradicciones; hace al alma dichosa con una dicha apacible y amable. La cumbre de la perfección está en permanecer el alma unida con Dios aun en medio de las más violentas tentaciones interiores; cuanto más frecuentes y más vivas son las tentaciones que te asaltan, más te ama Nuestro Señor; mas para que estas tempestades no te rindan, es necesario que acudas á la fuente del amor y saques de ella nuevas fuerzas y te purifiques más y más en este torrente de gracias y de amor.

Comulga, pues; come el pan de vida si quieres vivir vida saludable y poseer fuerzas suficientes para sostener dichoso el combate del cristiano, aun en el seno mismo de la adversidad.

La Eucaristía es el pan de los débiles y el pan de

los fuertes, porque es necesario á los unos por lo mismo que son débiles, y á los otros porque llevan su tesoro en vasos frágiles, y están por doquiera cercados de encarnizados enemigos.

Asegurémonos, pues, una guardia, una escolta fiel, un viático que nos dé fortaleza: esta escolta, esta guardia, este viático es Jesucristo, nuestro Pan de vida.



LA COMUNION, MANÁ DE LOS ELEGIDOS

*Panem de caelo presti
disti eis: omne delectamen-
tum in se habentem.*

«Les diste Pan del cielo,
que contiene en sí todo
deleite.»

L maná que Dios hacía llover todas las mañanas sobre los israelitas, poseía toda suerte de propiedades, y sabía según el deseo de quien lo comía: reparaba las fuerzas, daba vigor al cuerpo y era muy suave al paladar.

Asimismo la Eucaristía, prefigurada por el maná, contiene toda suerte de virtudes: es remedio contra nuestras enfermedades espirituales, fortaleza en nuestras flaquezas diarias, fuente de paz, de alegría y de felicidad.

I

Es la Eucaristía, según el Concilio de Trento, un antidoto divino que nos libra de las faltas cotidianas y nos preserva de los pecados mortales; un fuego que consume en un instante la paja de nuestras enfermedades espirituales.

La sagrada Comunión es el combate que Dios sos-

tiene en nosotros contra nuestra concupiscencia, contra el demonio á quien nuestras pasiones malas invocan sin cesar, y que posee una parte de nosotros mismos por la connivencia en que está con nuestros apetitos desordenados. ¿Acaso no os ha dicho Jesús: «Vosotros todos los que gemís bajo el peso de la esclavitud de vuestros antiguos pecados, venid á mí, y yo os consolaré y os libraré de ellos?»

La penitencia nos lava de la mancha del pecado; pero por limpios que estemos, siempre nos quedan las señales de nuestras cadenas, la tendencia á volver á pecar: el demonio, lanzado de la fortaleza, todavía mantiene tratos con algunos habitantes de ella. Jesús viene á nosotros á destruir los restos de nuestros pecados, á contrarrestar nuestras inclinaciones malas, á impedir que el demonio nos reduzca de nuevo á su servidumbre.

II

La sagrada Comunión es todavía más que un remedio: es una fuerza que nos ayuda poderosamente á ser virtuosos y santos.

Sin duda es empresa difícil adquirir alguna virtud cristiana. Cada una de estas virtudes es una cualidad de Jesús, que nosotros debemos adquirir; es cierta educación divina; ellas son las costumbres de Jesús en nosotros. Pues en la sagrada Comunión Jesús se forma á sí mismo en nosotros: Él mismo se convierte en nuestro propio Maestro; con su amor nos inspira la gratitud que le debemos como á bienhechor nuestro, el deseo de ser semejantes á Él, el presentimiento de la dicha que hay en imitarle y vivir de

su propia vida. ¡Qué de encantos posee la virtud adquirida en la escuela de la sagrada Comunión! ¡Cuán fácil es practicar la humildad después de haber visto en la Comunión á Jesús humillarse hasta venir á morar en un corazón tan pobre como el nuestro, en un alma tan ignorante y en un cuerpo tan lleno de miserias!

¡Cuán fácil es practicar la virtud de la mansedumbre bajo el influjo de la ternísima bondad de Jesús, que se da á nosotros en la suavidad de la sagrada Comunión!

¡Cuán hermoso nos parece el amor del prójimo cuando vemos á nuestro hermano sustentado en el mismo Pan de vida, sentado á la misma divina mesa que nosotros y amado de Jesús con la misma efusión con que á nosotros nos ama!

Después de haber recibido en nuestra alma á Jesús crucificado, ¿quién sentirá la amargura de la penitencia, de la mortificación, y del sacrificio?

¡Cuán imperiosa es la necesidad que siente el que ha recibido la sagrada Comunión de imitar la vida de Aquel que le ha salvado y que se le ha dado á sí mismo en la Eucaristía!

En la escuela del Cenáculo se forma el cristiano mucho antes que en cualquiera otra escuela: en la sagrada Comunión se le conceden sumultáneamente toda suerte de gracias; bajo la acción poderosa de este divino Sol que penetra en su alma con su luz y sus ardores, todas las virtudes del Salvador se reflejan en ella. La Comunión es la forma viva de Jesús, recibida en nuestros cuerpos y en nuestras almas. Oid, si no, estas palabras de Jesús: «El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, vive en mí, y Yo vivo en él.» Mediante la Comunión, Jesús mora con

el alma, y el alma mora con Jesús; se hace una sociedad entre dos vidas, una unión inefable de amor, una sola vida en dos personas.

III

La sagrada Comunión es además la misma felicidad.

Porque ¿en qué consiste la felicidad sino en la posesión de un bien infinito, en la posesión real y permanente de Dios? Pues éste es el fruto divino de la sagrada Comunión.

La sagrada Comunión es también la paz. Jesús es el Dios de paz: «La paz os dejo, mi paz os doy», dijo a los Apóstoles después de haberles dado su preciosísimo cuerpo; no como la da el mundo, turbada y llena de sinsabores, sino la paz de Dios, tan suave que excede á todo cuanto puede imaginarse. Con una sola palabra Jesús apacigua las tempestades; con una sola mirada dispersa y abate á nuestros enemigos.

La sagrada Comunión es igualmente la dulzura. Es el verdadero maná que satisface todos los deseos, porque contiene en sí toda dulzura; es el aroma celestial del hermoso frío del valle que nos transporta en Dios.

El alma humilde y recogida siente cierto estremecimiento que produce la presencia de Jesucristo; dilátase bajo la acción de este Sol de amor; advierte cierto bienestar, cierta agilidad y suavidad, cierta atracción que la lleva y la adhiere á Dios, que no proceden de ella misma; siente la presencia de Jesús en todo su ser; mirase á sí misma como á un paraí-

so habitado por Dios, de cuya corte quiere ser ella, repitiendo todas las alabanzas, todas las acciones de gracias y bendiciones que los ángeles cantan á Dios en el cielo.

¡Dichoso momento el de la Comunión, en el cual hasta nos olvidamos de este destierro y de todas sus penas y trabajos!

¡Oh dulce reposo del alma en el corazón del mismo Jesús!

¡Bien conocía este buen Maestro la necesidad que tenemos de gustar de vez en cuando de la dulzura del amor!

No es posible estar siempre en el Calvario del dolor, ni en medio de los campos de batalla.

Así como el infante necesita del seno de su madre, así necesita el cristiano del seno de Jesús.

La virtud sin la sagrada Comunión, es pues, como la fuerza del león: es dura, porque procede de la lucha y de la violencia. Para que tenga la mansedumbre del cordero es necesario que beba la sangre del Cordero sin mancha, que coma de esta miel del desierto.

Finalmente, la dicha implica el amor, pues nadie ama sino lo que le hace feliz. El Salvador no ha puesto esta dicha en las virtudes, ni en los otros misterios, sino en sí mismo; es, pues, necesario comer de él para gustar plenamente de su dicha. «Probad y veréis cuán dulce es el Señor», ha dicho el Profeta. Y el mismo Jesús: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna.» Pero la vida eterna es el cielo, es la santidad, beatificada en Jesucristo.

Las virtudes de Jesús son, pues, el camino, y los misterios de su vida y pasión las diversas vías que

conducen al Cenáculo eucarístico: aquí es donde únicamente ha establecido Jesús su morada fija en la tierra; aquí donde es preciso permanecer, vivir y morir en su compañía.



LA SAGRADA COMUNIÓN ES GOZO DEL ESPIRITU

*Et exultavit spiritus
meus in Deo, salutari meo.*

« Mi espíritu se alegró
en Dios mi Salvador. »

(Luc. , I, 47.)

I

QUERIENDO Dios alimentar á nuestra alma, le ha dado su pan en la sagrada Eucaristía. Este misterio fué anunciado en las sagradas letras con las siguientes palabras: *Los sustentaré con pan de vida y de inteligencia.*

No hay en la tierra gozo mayor que el gozo del espíritu. La alegría del corazón dura menos que la del espíritu, porque se funda en afectos, los cuales fácilmente se mudan. Pero la verdadera alegría es la del espíritu, que consiste en el conocimiento de la verdad.

Las almas terrenas, los espíritus vanos, nunca se alegran espiritualmente de cosa ninguna. Tampoco gozan jamás de verdadero gozo espiritual las almas piadosas que no son recogidas, pues la superficialidad del espíritu es el mayor obstáculo que se